

ENDEREZADO Y PINTURA PARA TEXTOS

JAIME MUÑOZ VARGAS

Con talento, aunque sea escaso, el taller, si crea un buen ambiente de trabajo, puede ser estimulante en lo literario y gratificante en lo amistoso, siempre y cuando lo abandonemos a tiempo.

28

S

upe que en el mundo había talleres literarios cuando abrí los ojos a la literatura. Con toda mi candorosa juventud a cuestas —bordeaba los 17 o 18 años—, creía que si los talleres de enderezado y pintura eran capaces de sanar coches maltratados por las colisiones, uno literario podía ser útil para enderezar y pintar y dejar reluciente mi incierta obra narrativa. Como ya era asiduo lector de periódicos, cada tanto veía los boletines que anunciaban la reunión del Talitla (Taller Literario de La Laguna) celebrado alternadamente en las Casas de la Cultura de Torreón



y Gómez Palacio. Lo coordinaba el poeta zacatecano José de Jesús Sampedro, y alguna vez, ubico borrosamente este recuerdo hacia 1982, me di la vuelta al bulevar Revolución y Prolongación Colón, lugar donde sesionaban los *talitlos* cuando les tocaba la Casa de la Cultura torreonense. Nadie supo que apenas me asomé a la puerta. La timidez y el miedo no me dejaron entrar al salón donde Sampedro conversaba con sus discípulos, todos mayores que yo. Se reunían allí Jorge Rodríguez, Marco Antonio Jiménez, Paco Amparán, Emanuel Quiñones y Rocío Lazalde, entre otros. A un milímetro estuve de ingresar a ese taller, pero el destino me detuvo y me llevó a otro rumbo.

Varios meses pasé en la rumia de aquel deseo: escribir y llevar mis borradores a un taller. Pero no supe cómo hacerle, a dónde ir, a quién preguntar. En 1984 recibí una clase de literatura en el Iscytac, eso dentro de la carrera de comunicación que simulé estudiar. Saúl Rosales era el maestro, y en poco tiempo me enteré de que además él coordinaba el suplemento cultural de *La Opinión*. Cierta día, apocado por el pavor, le di unas cuartillas con "poemas". Los leyó y me dijo que estaban lo suficientemente buenos para incorporarlos al suplemento. En septiembre del 84 vi pues mi primer texto literario publicado en serio. El *shock* fue tan grande que conversé con Enrique Lomas, estudiante también del Iscytac, y decidimos plantearle a Saúl la posibilidad de armar un taller extramuros. Saúl nos respondió que sí, y por su cuenta convocó a Gilberto Prado y a Héctor Matouk. Nuestra primera sesión la celebramos a finales del 84 en casa de Lomas (Galeana, entre Juárez e Hidalgo) y a partir de allí no dejamos de reunirnos cada sábado durante al menos cinco o seis años, como quedó bien explicado en el libro *Botella al mar*, tesis de Gloria Murillo sobre el grupo literario que formamos con Saúl Rosales Carrillo en el timón.

Participar en el Botella al mar me dejó marcado. Desde entonces, el aprendizaje de la literatura fue un juego, más que una obligación. Nuestras sesiones tenían poco de didáctico, pero gracias a la lucidez y al humor de Saúl, Prado, Lomas, Matouk (a los que poco a poco se sumaron otros amigos como Pablo Arredondo y Gerardo García)

aquello era un pandemonio rico en experiencias literarias y extraliterarias (políticas y éticas, sobre todo).

Cuando nos disgregamos me quedé con la idea de que, tras el aprendizaje, yo podía ofrecer un servicio más como incipiente profesor: el de coordinar talleres. Y sí, varios años me gané parte del pan en el taller del Departamento de Difusión de la UA de C Torreón y por un lapso cercano a la década viví mi mejor experiencia como moderador de un taller: el de la UIA Laguna.

Los casi veinte años en convivencia con el mundillo de los talleres literarios laguneros me dejó clara la idea de que no salvan si no hay qué salvar; sin talento, ningún taller es capaz de enderezar a nadie. Con talento, aunque sea escaso, el taller, si crea un buen ambiente de trabajo, puede ser estimulante en lo literario y gratificante en lo amistoso, siempre y cuando lo abandonemos a tiempo. Ahora afirmo, por ello, que mis mejores ratos como maestro los pasé en el aula de un taller; allí me divertía enseñando, o enseñaba divirtiéndome, pues fomenté siempre la idea de que a la literatura hay que respetarla menos y disfrutarla más, todo con absoluta libertad. Hoy pienso lo mismo.